

EL COLISEO,

REVISTA SEMANAL DE TEATROS, LITERATURA Y MODAS.

REVISTA MUSICAL.

TEATRO DEL CIRCO.—¿Qué ha hecho la empresa desde la conclusión de la última temporada hasta la actualidad? Nada, ó casi nada de lo que debió hacer en pro de su interés propio y de los que verdaderamente debiera representar. ¿Será qué envanecida con los trofeos adquiridos el año anterior se haya adormecido en brazos de la lisonja, ó bien, que debilitadas y consumidas todas sus fuerzas no se crea capaz de satisfacer las justas exigencias de un público para con ella tan propicio é indulgente? Ojala fuese lo primero; entonces aunque con grave perjuicio suyo respecto de los desengaños que está sufriendo á causa de lo que pudiéramos llamar sus mal concebidos planes, podría obrando en sentido contrario rehabilitarse aun y recuperar su brillante posición y perdido prestigio; al paso que los amantes del arte no verían defraudadas las halagüeñas esperanzas que habían concebido contando que contribuiría eficazmente á elevar la zarzuela á la verdadera altura que debe ocupar, allanando así el camino que tiene que recorrer para llegar á la ópera puramente española. Mas si se ha de calcular según los hechos que tenemos á la vista, mucho nos tememos que, haciendo algunas escepciones, de las dos propuestas hipótesis, no sea desgraciadamente la segunda la causa principal de la funesta inacción á que aludimos. ¿Como sino fuera posible que la empresa obrase de un modo tan contrario á sus intereses cual lo ha hecho y lo está haciendo desde que dió principio la presente temporada? Cree acaso que con haber puesto hasta ahora en escena *La Estrella de Madrid* y *La Cisterna encantada* ha llenado ya cumplidamente el hueco de sus deberes? Mucho se equivoca si así se lo figura y si no sabe concebir la enorme distancia que media entre el Teatro Real donde se representan sola y exclusivamente obras maestras de reconocido y relevante mérito, á otro como lo es el del Circo dedicado por lo comun tan solo á meros ensayos, á imitación de los de Italia en los cuales se ponen en escena infinidad de óperas de diversos autores, muchas de las cuales ni siquiera se repiten por segunda vez. Y es preciso que sea así, y que haya cierta rigidez en esta materia; lo contrario es abusar de la benovolencia del público, ridicularizar el buen criterio de personas sensatas é inteligentes en la materia é interponer obstáculos insuperables á los adelantos de la ciencia y del arte. Creemos que la empresa comprenderá perfectamente á lo que aludimos y que sabrá aprovechar estas pequeñas indicaciones aunque en ello no consulte mas que sus propios intereses.

Acerca de *La Cisterna encantada*, de la cual no hemos hablado aun, tenemos en conciencia que decir que es de lo mas endeble que ha escrito el se-

ñor Gaztambide, que carece de maestría, de novedad, de gusto, de inspiración y hasta de verdad; que en el primer acto solo hay la salida del duque y el dueto del podestá y Giovanina que sean de algun efecto, y que respecto al final del mismo concebimos que es sumamente impropio querer expresar un sentimiento de desesperación que conduce al suicidio con una cabaleta toda de gorgoritos, que tal como está concebida mas bien inspira sensaciones de júbilo, lo que hubiese podido evitar recurriendo á un canto declamado; pero se conoce que el señor Gaztambide se dejaria tal vez alucinar por los triunfos que adquirió la señorita Ramirez en los cantos de agilidad que con tanto brillo supo desempeñar en *El Estreno de una artista*, sin hacerse cargo de la enorme diferencia de situaciones. Diremos tambien que en el segundo acto á pesar de que las hay magníficas y de las cuales pudiera haber sacado un gran partido, todo es pobreza, que ninguna filosofía se encuentra en los cantos entre los cuales hay trozos llenos de reminiscencias tan conocidas que oyendo el primer compás se sabe ya y se puede fácilmente seguir lo restante y que ademas de todo lo dicho y de la mezquindad de instrumentación que en él se hace notar, puede decirse que carece de lo que propiamente se llama verdadero conocimiento del canto, pues estando esta zarzuela escrita para sujetos determinados, empezando por el señor Salas y concluyendo por el señor Calañazor ninguno ha podido sacar partido de su papel. En el último acto solo hemos encontrado una pieza de buen efecto que es el quinteto, cuyo motivo principal está tomado en su mayor parte de una ópera bufa de Rosini muy conocida.

Sensible en extremo es para nosotros el tener que escribir en el sentido que acabamos de hacerlo, mayormente tratándose de un teatro que hemos mirado siempre con suma predilección por los grandes intereses que, según hemos dicho ya, concebimos debiera representar; sin embargo era nuestro deber y lo hemos cumplido lealmente.

TEATRO REAL.—De *Maria di Rohan* hablaremos en el número próximo.

EL DUENDE FILARMÓNICO.

SERENATA (I).

MOTE.

Lirio fragante—de esencia pura,
Perla brillante—de las mujeres,
Huerto cerrado—de la hermosura,
Eden soñado—de los placeres,
Divino arcánjel—de mi ventura;

(I) Imitación de las de Zorrilla.

Si oyes mi ruego
¿Por qué el sosiego
Robarme quieres?

ESTROFA PRIMERA.

Me das la vida con tus amores,
Me das la muerte con tus desvíos,
Depon, hermosa, fieros rigores
Dame tus brazos, toma los míos.
Si pude un tiempo causarte agravios,
No me castigues con tus enojos,
Deja que amante heba en tus labios
La inmensa dicha que hay en tus ojos.
Sin ti la vida me da tormento,
Tú eres mi gloria, mi pensamiento.
La sola flor que creces
En mi camino;
La luz que resplandeces
En mi destino:
La estrella pura
Que Dios puso en el cielo
De mi ventura.

Tú prestas alas á mi deseo,
Continuamente tu imájen veo;
Tu vista calma—mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA SEGUNDA.

Quando á ti lleguen de mis pesares
Los tristes ecos en son de quejas;
Quando yo turbe con mis cantares
Tu casto sueño, cabe tus rejas;
Si acaso llegan á tus oídos
Entre las notas del dulce canto,
Recuerdos gratos por ti queridos
Y allá en tu lecho te arrancan llanto.
Vuelve á mis brazos y arrepentida
De tus rigores, dame la vida.
Que si conmigo dejas
De ser tirana,
Y sales á las rejas
De tu ventana,
Mi fe te jura
Ser girasol constante
De tu hermosura.
Quando lucen serenos libres de enojos,
Y me brindan placeres tus bellos ojos,
Su lumbre calma—mi pena impía,
Porque tú eres el alma
Del alma mía.

ESTROFA TERCERA.

De tus amores la oculta historia
Guardo en la mente como un tesoro;
Tiene un infierno... tiene una gloria.
Con ella canto... con ella lloro:
Tras cada letra, tu imájen veo
Que me sonríe... que me rechaza,
Que se armoniza con mi deseo...
Que luego, impía, me despedaza.
No sé si muero, ni sé si vivo,
Pero te adoro, soy tu cautivo.
Si tú hicieses pedazos
La dicha mía,
Yo al verte en otros brazos
Me moriría:
No haga la suerte
Que por dar á otro vida,
Me des la muerte.

Si es ley forzosa de nuestro sino,
Que hemos de ir juntos por un camino.

Con tu amor calma—mi pena impía,
Y así serás el alma
Del alma mía.

MOTE.

Lirio fragante—da esencia pura,
Perla brillante—de las mujeres,
Huerto cerrado—de la hermosura,
Eden soñado—de los placeres,
Divino arcánjel de mi ventura;
Si oyes mi ruego,
¿Por qué el sosiego
Robarme quieres?

Madrid 28 de abril de 1853.

JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

SOBRE LOS SAINETES DE DON RAMON DE LA CRUZ.

(Conclusion.)

Intimamente penetrados de que el verdadero título á la gloria de este apreciable poeta consiste en sus sainetes, nos limitamos en la edicion que de ellos hicimos á reproducirlos exclusivamente, incluyendo no sólo los que él publicó, sino también los que en épocas posteriores se han impreso, y además cuantos inéditos han llegado á nuestras manos, porque aun siendo menos buenos y perfectos que los primeros, conservan todavía muchas de aquellas dotes apreciables que constituyen el mérito del género y del autor. Todas estas obrillas que aun en el día se representan en los teatros con merecido aplauso, son mas bien hijas de la espontaneidad y de la inspiracion que del estudio y de las pretensiones literarias. Muchas de ellas se hicieron espreso para ejecutarse en los palacios de los grandes, que en aquel tiempo gustaban de ejercitarse en la declamacion, y de representar por sí mismos las obras dramáticas de la época. Tal duquesa ó marquesa despues de haber hecho el trágico papel de Xaira se preciaba de representar el de una maja castañera, estimando quizá en mas los elogios que recibia por este desempeño, que los aplausos merecidos en el del otro; tal procer ó gran señor gustoso y apresurado, se desnudaba del noble y elegante traje de Orosman, para revestirse de los harapos de Manolo ó del Zurdillo, piezas que hizo el autor parodiando la tragedia, y por vengarse de los poetas que despreciaban el género en que él se aventajó. Así es que don Ramon de la Cruz, digno además por su nacimiento y educacion de alternar en la buena sociedad, logró por su talento y por la moda hacerse necesario en ella (1).

De sus sainetes pueden hacerse tres divisiones.

En la primera se incluyen aquellos de asuntos propios de la verdadera comedia, que no se elevaban á ella por que sus dimensiones no admitian un desarrollo completo ni de los caracteres, ni de una fábula estensamente trazada.

(1) Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla fue de ilustre cuna. Nació en Madrid en 1751 y se bautizó en la parroquia de San Sebastian el 28 de marzo. Tuvo por padres á don Raimundo de la Cruz, natural de Canfrac, y doña Rosa Cano y Olmedilla que nació en Gascuña. Fue oficial mayor de la contaduría de penas de Cámara, individuo de la Academia de buenas letras de Sevilla, y también de la de los Arcades de Roma, donde adoptó el nombre de Larisio Dianeo. Muró en los últimos años del siglo XVIII, y tuvo un hijo que se halló en la batalla de Bailén de comandante general de artillería.

En la segunda se colocan los que versan sobre asuntos puramente ideales, destinados á deducir de hechos materialmente imposibles consecuencias morales, ciertas y seguras.

En la tercera se clasifican los que sirven para presentar las costumbres y hábitos de la plebe, tanto con relacion á sus fiestas públicas ó á sus sucesos domésticos, como al contraste que formaba en su trato con las clases superiores y medianas. Las parodias trágicas que hizo, á saber: la tragedia de Manolo, la Jura, el Marido sofocado y el Muñuelo, deben incluirse en esta division.

De las dos primeras nada diremos sino que participan de lo malo y de lo bueno que caracteriza el talento del autor, pero la última merece especial mención, particularmente hoy día que el espíritu filosófico no se limita á ver en la historia las lecciones de guerras y tratados, y los sucesos generales, comunes á todos los tiempos y épocas. La tendencia del siglo, naturalmente seria, grave é investigadora, debe apreciar en mucho los sainetes de esta clase, tanto mas cuanto son la única poesía popular que produjo el siglo XVIII, y donde la plebe deja vestigios profundos de su modo social de existir.

Sin los datos que suministra en todas las épocas la poesía popular, la historia reducida á generalidades seria ininteligible y estéril, porque no pudiendo penetrar el secreto de la clase mas numerosa que le guarda en su misma oscuridad, tampoco podrá explicar el modo con que estallan á veces sus tempestades con prodigiosos é impensado furor. Los cataclismos sociales internos que no provienen de irrupciones bárbaras, se fraguan y se alimentan en el seno del pueblo: allí se depositan, crecen y se hacen gigantes las terribles pasiones comprimidas ó ignoradas, sin cuyo estudio profundo, verificado en el centro donde se abriga, la historia no puede legar á la posteridad las grandes é importantes lecciones que sirven para reír y conducir los pueblos. ¿Quién habrá tan ciego que en los sainetes de Cruz no vea todo esto con respecto á su época? ¿Quién no percibirá la marcha constante y segura, aunque lenta, con que la nueva filosofía y las nuevas ideas iban fraguando la revolución social que ahora nos aqueja? ¿Quién no conocerá que mal entendidas las reformas necesarias, que precipitadas y exajeradas por las personas cultas, sembraron una semilla que tan amargos frutos les habia de producir? Los documentos oficiales podrán decir á la posteridad: *Esto fue*; pero los sainetes de la Cruz explicarán por qué fue y como fue, revelando la molición de las clases altas y medias, la necia confianza y la degradacion con que descendiendo hasta la plebe, en vez de educarla para la libertad y las reformas, pusieron en manos del siervo bárbaro é inculto, quizá antes que civilizado corrompido por el mal ejemplo, las armas que debia volver contra su imbécil é incauto señor. ¿A quién la culpa?

Instruido y aniquilado el antiguo teatro español que admitia la representación de todas las clases que en la escuela moderna se clasificaron, al sainete se reservó, como ya dicho, la pintura de las costumbres y caracteres del pueblo, que contiene siempre y conserva el tipo mas original y marcado de las naciones.

En los tiempos de marasmo social, cuando los hombres no se ven estimulados por el deseo de la gloria, por los impulsos de nacionalidad, por el entusiasmo religioso ó por alguna de las muchas

cosas que incitan el desarrollo moral é intelectual, una reunion de las clases cultas y civilizadas apenas ofrece diferencias notables entre los individuos que la componen. Un mismo traje é idioma convencional, un mismo espíritu de educacion, una misma fórmula de moda para espresarse y una sola pauta para moverse, mal pueden presentar contrastes marcados y diferencias características. Asi es que el retrato de uno solo es muy parecido al de los demas, y por eso, para pintar esta clase nos bastaron en el siglo XVIII media docena de comedias ó sobaron quizá, pues todas giran en un mismo círculo y reproducen la misma idea. Supongamos al contrario una reunion de gente de la plebe: al momento se toará la ausencia de toda fórmula convencional, y á la naturaleza libre ostentando vigorosamente vivos contrastes de carácter, de pasiones, de vicios, de preocupaciones diversas, todas individuales, todas esclusivas y sin mezcla ni confusion. Por lo mismo que el pueblo rechaza, rústico y grosero, las fórmulas de convencion, por lo mismo que vive mas aislado, es por lo que conserva mucho mas tiempo el tipo de nacionalidad; y allí en medio del cieno que le cubre es preciso buscarle cuando ha desaparecido en las otras clases. En este depósito pues, fue donde don Ramon de la Cruz tomó los materiales de sus obras, que no bien depuradas por el gusto y el arte se resienten quizá demasiado de su origen. Sin embargo á ellas debe su celebridad, y he aquí por lo que vive con su propia vida viviendo con el pueblo, mientras sus rivales han acabado la suya como la sociedad que retrataron.

Admitidas estas verdades, y la necesidad y conveniencia del género dramático que cultivó don Ramon de la Cruz, es muy reparable el desvío y desprecio con que le trataron muchos preceptistas y literatos. Sin duda no conocieron el influjo moral que contenia, y las consecuencias que debia producir. Porque estaba dedicado á la plebe, porque era hijo espontáneo de la naturaleza y no de los libros, porque el desaliño sobrepajaba al arte, porque se apartaba de la pauta convencional establecida, les pareció mas fácil desdeñarle que discutirle y mas cómodo atribuir su influjo á la ignorancia de las masas que lo aplaudian, que no estudiarlo para investigar las causas de su celebridad. El empirismo es siempre tan intolerante, como la critica que de él emana es injusta, precipitada y superficial: si así no fuese, los Zollos de las obras de Cruz hubieran conocido que la verdadera razon de su popularidad fue porque en ellas se veian bien retratadas las costumbres y caracteres que se propuso reproducir en la escena, y castigados blandamente los vicios y extravíos de los originales á cuya propia risa y desprecio los condenaba. Verdad es que los lances de una retirada, de una casa de vecindad, de una plaza de toros, de una feria, de una romería ó de una noche de brama, no puede constituir una accion bien ligada; mas no por eso se debe renunciar al placer y al efecto que producen tales cuadros vigorosa ó graciosamente trazados con mano diestra. Los hechos, caracteres y costumbres que allí se manifiestan, son como los accidentes de un panorama, que aunque no forman una unidad material, son en su conjunto una síntesis creada por la inteligencia, y por ella comprendida.

AGUSTIN DURAN.

EN UN ALBUM.

Quando te bañas, niña,
tu cabellera
Libre se entrega al viento
y juguetea.

¡Feliz el aire
Que goza un privilegio...
tan envidiable!

Enamoradas ondas
tu cuerpo besan
Le halagan y le ciñen,
huyen ligeras...

Pero comprenden
¡Cuán necio es el dejarte!
por eso... vuelven.

ENRIQUE PASTOR.

DE LA GLORIA DE LAS LETRAS.

OPÚSCULO DE LEOPARDO.

(Continuación.)

Pero quiero que tengas por muy cierto que para conocer á fondo las prendas de una obra perfecta ó cercana á la perfeccion y verdaderamente digna de la inmortalidad, no basta tener costumbre de escribir, sino que es necesario saberlo hacer casi tan perfectamente como el mismo escritor cuya obra se juzga. Porque la experiencia te demostrará que á proporcion que vayas conociendo mas íntimamente aquellos primores en que consiste la perfeccion de un escrito, y las infinitas dificultades que se tocan al crearlos, aprenderás mejor el modo de superar las unas y conseguir los otros; de tal manera que no advertirás intervalo ni diferencia alguna desde el conocerlas al aprenderlas y poseer el indicado modo, porque esta y la otra cosa se confundirán en una sola. De ahí nace que no puede el hombre llegar á discernir y saborear completamente la escelencia de los mas sublimes escritores, antes de adquirir la facultad de representarla en sus propios escritos; porque aquella escelencia no se conoce ni se saborea totalmente sino por medio del uso y ejercicio propio, y sino está, por decirlo así, transferida á uno mismo. Antes de que esto suceda, nadie puede comprender con exactitud lo que se entiende por escribir bien, y no entendiéndolo, tampoco pueden leerse con admiracion las obras de los autores eminentes. Y como la mayor parte de los que al estudio se aplican, aunque escriban con facilidad y crean escribir con perfeccion, por mas que digan lo contrario tienen la conviccion de que es cosa fácil el escribir bien; calcula tú ahora á que poquedad queda reducido el número de los competentes para admirar y alabar dignamente tu obra cuando con infinitos sudores y disgustos hayas conseguido componer alguna muy importante y perfecta. Francamente voy á decirte (y bien merecen crédito estas canas) que apenas se contarán hoy día en Italia dos ó tres que posean el arte y la habilidad de escribir bien. Si este número te parece escésivamente pequeño, no pienses por eso que sea mucho mayor en ningún tiempo ni lugar.

Mil veces me he maravillado al considerar como por ejemplo, un Virgilio, modelo de perfeccion para los escritores, habrá alcanzado y podido sostener tan alta gloria. Porque aun cuando yo presuma

poco de mi mismo, y crea no poder gozar y conocer todas sus buenas partes y su magisterio; tengo sin embargo por muy cierto que el mayor número de sus lectores y admiradores no encuentra en sus poemas mas de una belleza por cada diez ó veinte que yo en mis repetidísimas lecturas y meditaciones consigo descubrir. De ahí mi persuasion de que el alto grado de estimacion y reverencia que alcanzan los escritores eminentes nace comunmente, aun en aquellos que los leen ó tratan, mas bien de un hábito adquirido á ciegas, que no de un juicio propio y de algun conocimiento de semejan- te mérito. Y recuerdo que, leyendo en mi juventud los poemas de Virgilio por una parte con plena libertad de mi entendimiento y sin el menor respeto de agena autoridad, prendas que no suelen hallarse en muchos lectores; y por otra con la impericia propia de aquella edad, aunque no mayor de la que en muchos lectores es perpétua, rehusaba agregar mi voto al asentimiento universal, pues no descubria en Virgilio mayor mérito que en los poetas medianos. Tambien me asombra como la fama de Virgilio ha podido sobreponerse á la de Lucano. La parte mas numerosa de los lectores, no solo en los siglos de juicio falso y corrompido, sino tambien en aquellos de sanas y bien templadas letras, siempre se ha deleitado mucho mas con las bellezas de bulto y patentes, que con las delicadas y no fáciles de descubrir; mas con la osadía que con la modestia; á veces mas con las apariencias que con lo sustancial, y comunmente mas con lo mediano que con lo superior. Leyendo las cartas de un príncipe de raro ingenio, pero acostumbrado á contemplar en las agudezas, en las argucias, en la inestabilidad, en las réplicas, casi toda la escelencia del arte de escribir, clarísimamente descubro que en lo íntimo de sus pensamientos daba la preferencia á la Henriada sobre la Eneida, si bien no se atrevia á pronunciar esta sentencia, contenido por el solo temor de ofender á los hombres. Finalmente me maravilla que el juicio de muy pocos, aunque muy recto, haya podido vencer al de infinitos, y producir aquella universal costumbre de admiracion no menos ciega que justa. Y por mas que no siempre suceda así, creo que la fama de los escritores eminentes es mas bien efecto del acaso que de sus merecimientos, lo cual es posible te confirme lo que tengo que decirte en el progreso de este discurso.

(Se concluirá.)

LOS LUSIADAS.

Traduccion de Camoens.

CANTO PRIMERO.

(Continuación.)

XVIII.

Y en tanto el día se aproxima lento
De rejir esos pueblos que ós desean;
Perdonad otra vez mi atrevimiento
Y que mis pobres cantos vuestros sean;
Contemplad impulsados por el viento
A vuestros argonautas, y que vean
Que los mirais surcar el mar salado,
Y sed desde hoy mas siempre invocado.

XIX.

Ya por el Oceano navegaban
Las turbulentas ondas separando,

Los vientos blandamente suspiraban
Las numerosas velas alargando,
Espumosos los mares se mostraban
Ante la gran armada, que surcando
Seguía á su placer y su deseo
Las aguas consagradas de Proteo.

XX.

Los dioses en Olimpo luminoso,
Do está el gobierno de la humana jente,
Juntábanse en concilio numeroso
Para tratar el porvenir de Oriente;
Pisando el cristalino cielo hermoso
Van por la vía lactea juntamente,
Convocados de parte del Tonante
Por el nieto gentil del viejo Atlante.

XXI.

Dejan todos el réjio apartamiento
Que de poder mas alto les fue dado,
Poder á cuyo solo pensamiento
Obedecen la tierra y mar airado;
Allí se hallaron juntos al momento
Los que el Arturo habitan conjelado,
Los de la parte austral, los del Oriente,
Y los que viven en la zona ardiente.

XXII.

Estaba el padre allí sublime y dino
Que maneja los rayos de Vulcano,
En asiento de estrellas cristalino
Con severo semblante soberano;
De la faz respiraba aire divino
Que divino tornara un cuerpo humano,
Y brillaba en su cetro rutilante
Una piedra mas clara que el diamante.

XXIII.

En asientos de perlas recamados
Los dioses muellemente se asentaban,
Viéndose todos ellos colocados
Por el orden y timbres que ostentaban;
Preceden los antiguos mas honrados,
Mas abajo los otros se encontraban,
Cuando el potente Jove así diciendo
Atruena, con su voz, grave y tremendo.

XXIV.

«Oh vosotros, eternos moradores
De esta mansion resplandeciente, hermosa,
Que habeis sido por siempre admiradores
De la jente de Luso valerosa;
No olvideis que venciendo los rigores
Del destino, su fama esplendorosa
Eclipsará los hechos sobrehumanos
De Asirios, Persas, Griegos y Romanos.»

XXV.

«Ya le fue, como visteis, concedido
El triunfo contra el bárbaro agareno,
Que á su pesar perdió el suelo florido
Que riega el Tajo y fertiliza ameno.
Y aun contra el castellano tan temido
Triunfos obtuvo en el marcial terreno;
Siempre empeñada en coronar su gloria
Con heroicos trofeos, la victoria.»

XXVI.

«Dejo, Dioses, atrás la antigua fama
Que los hijos de Rómulo le dieron,
Cuando en la lucha que su nombre infama
Al grande Viriato se rindieron;
Ni os cantaré el blason que los aclama
Valientes sin igual, cuando eligieron
Uno por capitán, que peregrino
Finjó en la cierva espíritu divino.»

XXVII.

«Ved ese jente ya, que acometiendo
El proceloso mar en leño leve,
Por vías nunca usadas, no temiendo
De los vientos la fuerza, al mar se atreve;
Y aunque tan largo espacio van corriendo
Por donde el día es largo y donde es breve,

Se dirijen audaces con porfia
A ver la cuna donde nace el día.»

XXVIII.

«Decretado ya está del hado eterno.
Cuya alta ley jamás fue quebrantada,
Que tengan largos tiempos el gobierno
Del mar que ve del sol la roja entrada;
En el agua han pasado largo invierno
Y viene ya la jente trabajada;
Es justo pues que tras su rumbo incierto
Hallen al fin el codiciado puerto.»

XXIX.

«Y pues que tantos riesgos han pasado
De los cuales vosotros sois testigos
En los rios y mares navegados
Luchando contra vientos enemigos;
Que sean determino agasajados
En la costa africana como amigos;
Y en descansando su guerrera flota,
Sigan despues la prolongada rota.»

XXX.

Estas palabras Júpiter decia,
Y los dioses por orden respondiendo
Cada cual en su juicio diferia
Opiniones diversas emitiendo;
Baco encolerizado se oponia
Al dictámen de Jove, conociendo
Que olvidarán sus hechos en Oriente
Si llega allá la lusitana jente.

XXXI.

Que el hado le predijo que vendria
Una jente fortisima de España
La cual con su valor conquistaria
De la India todo cuanto Doris baña,
Y con nuevas victorias venceria
La fama antigua, ó suya, ó bien estraña;
Y siente oscurecer la antigua gloria
De que aun Nisa celebra la memoria.

XXXII.

Ve que el indio á su voz ha sometido
Sin robarle jamás funesto caso
Su vencedor ilustre ser tenido
Por cuantos beben aguas del Parnaso;
Y teme ver su nombre oscurecido
Y perdidas sus glorias en ocaso,
Si hasta esos pueblos atrevidos llegan
Los fuertes portugueses que navegan.

XXXIII.

Le contrastaba Venus seductora
Amiga del valiente lusitano,
Por las raras virtudes que atesora
Heredadas del célebre romano;
Por su fama, que aun vive aterradora
En el estenso clima tinjitano;
Por su lengua que dulce y peregrina
Parece al modularse que es iatina.

XXXIV.

Esta causa impulsaba á Citérea,
Que por divina inspiracion comprende
Que mas su nombre celebrado sea,
Donde mas el valor manda y se estiende;
Uno defiende, pues, lo que desea;
Otro sus glorias y su honor defiende,
Cada cual á los suyos favorece
Y mas la lucha encarnizada crece.

XXXV.

Como el boreas ó el austro en la espesura
De silvestre arbolado guarnecida
Rompe las ramas en la noche oscura
Con impetu y braveza desmedida;
Y al vendabal que horrisono murmura
Responde la montaña estremecida,
Tal andaba el tumulto borrascoso
Entre los dioses del Olimpo hermoso.
(Se continuará.)

EMILIO BRAVO.

LA ROSA DE LOS PRADOS.

LEYENDA.

A M. PROSPER MERIMEE.

No es, señor mío, el autor del *Vaso etrusco* y de *Colombo* á quien yo me dirijo; ni tampoco el académico con quien yo quiero habérmelas, como comprenderá V. muy bien; sino al hombre oficial. Sin embargo, en nada se roza con la política lo que voy á decirle, pues únicamente me preocupa el arte. En virtud de un diploma del gobierno, es usted inspector general de los monumentos franceses, y por este título indudablemente V. debe inspeccionar. Sobre todo está en su deber conservar las reliquias de lo pasado que amenazan ruina, ó que la torpeza campesina y el insaciable ardor de la demolición hacen desaparecer diariamente de nuestro país. ¡Y cuántos venerables monumentos desconoce V. necesariamente! En los paseos que por Francia hace V. todos los años, encuentra en todas partes, ya un castillo histórico de la mayor importancia que requiere pronta reparación, ya una catedral de gran mérito artístico, la cual conviene restaurar urgentemente. ¿Pero se reduce á esto solo la misión delicada de V.? ¡No! Su corazón de artista comprende bien que hay en la tierra, además otras riquezas monumentales, que reclaman una protección oficial. Precisamente acerca de un tesoro de esta naturaleza quería yo fijar por un momento la atención de V.

Se trata de una capilla situada en el antiguo Bourbonnais, cuya fundación data desde la estancia de San Bernardo en este país. Cuéntase al viajero que este edificio estaba unido al convento de la orden de San Bruno, el cual ha desaparecido á impulso de las revoluciones, y si no se pone remedio, la misma suerte seguirá la capilla devorada por la fiebre de la industria. Apenas ya lo que resta hace comprender su esplendor pasado y la riqueza de sus ornamentos. En otro tiempo, los fieles acudían á ella en multitud el día 24 de junio de todos los años, á adorar una milagrosa imagen de la Virgen, cuya cabeza alumbraba un rayo del sol naciente, formándole una aureola mística. Este rayo de sol dá todavía en el sitio en que estaba el altar de la Virgen; pero, como la fé en nuestro mundo de indiferencia filosófica y de duda volteriana, no ilumina ya sino la yerba silvestre que brota en este recinto.

Como la capilla se halla en el borde de un camino vecinal, los aldeanos que pasan por ella se detienen alguna vez para hacer oración. Una estatua de madera pintada, colocada en un nicho, es todo lo que recuerda aquí á la Madre del Redentor de los hombres. Esta imagen es grosera; pero la luz que le penetra por dos ventanas de ogiva derraman una claridad tan dulce sobre Nuestra Señora de los Campos, que este es su nombre, que no puede menos el viajero de experimentar un profundo sentimiento de piedad.

Pero yo he olvidado ya casi que tenía que contar una leyenda. Existe con efecto, cierta balada de un poeta desconocido, canto de nodriza que ha adornado á muchas generaciones. Felizmente para la humanidad, la palabra que es impalpable, no puede ser destruida por el hacha ni por el fuego, como el bronce y la piedra. La capilla desaparecerá de la tierra sin duda; pero la leyenda depositada en la

memoria de los niños, no perecerá nunca. Un verso solo de Virgilio ha atravesado veinte siglos sin sufrir alteración ninguna, mientras que la Venus de Milo no ha llegado hasta nosotros sino desfigurada á fuerza de mutilaciones. Pero reparo que estoy hablando de Venus y de Eneas, es decir, que estoy metido en el politeísmo pagano, cuando trato de referir una leyenda cristiana.

Héla aquí, palabra por palabra, con toda la natural sencillez con que me la han contado.

I.

Raoul había ido á pelear contra los sarracenos, seguido de sus valientes hombres de armas.

Dos años habían corrido, y nada anunciaba su vuelta, y Blanca, su bella prometida, se lamentaba día y noche alarmada por tal retardo.

Cuando llegaba la hora de hacer labor, se abandonaba á sus tristes meditaciones; después, gruesas lágrimas corrían como perlas por sus pálidas mejillas, y la aguja se escapaba de sus dedos.

Una mañana que el pesar devoraba su alma, quiso ir á orar. Seguida solamente de dos hombres de armas, se dirigió al monasterio de la Virgen de los Campos.

Y para esta piadosa peregrinación se adornó la hermosa joven con su manto de terciopelo, su aderezo de joyas y de flores y un gran velo con franjas de oro que ocultaba su gracioso rostro.

Blanca caminaba á pie y con los ojos bajos. Todo el que la encontraba se detenía para dejarla libre el paso.

En tanto que ella marchaba, el trovador ajitaba las cuerdas de su bandurria, y cantaba con voz conmovida una tierna canción del país.

II.

Junto á la capilla se elevaban ocho tilos cuyas floridas ramas ajitaba de cuando en cuando la brisa.

Un extranjero, sentado bajo su sombra, se desceñía el cinturón de viaje, y daba descanso á sus pies lastimados por la marcha y abrasados por el polvo.

Si era un guerrero, nada lo daba á entender, por que ni cubría su cuerpo la cota de malla, ni de su cintura pendía espada, ni ondeaba penacho sobre su cabeza.

Solamente se veía á su lado un rosario de gruesas cuentas de marfil, lo cual le daba cierta apariencia de monje ó hermitaño.

Y la gentil dama se aproximaba seductora bajo su manto, sus joyas y sus orens, y bajo su velo bordado de oro.

Y hé aquí que jugando amoroso en los cabellos de la joven, el viento arrancó y llevó á los pies del extranjero la rosa más bella de su corona, una rosa cojida aquella misma mañana en los prados vecinos.

El desconocido se baja, se apodera de la flor, y la lleva á sus labios; pero uno de los hombres de armas se aproxima á él y le grita: «¡Perro! ¡atrévete á ofender una hoja siquiera de esa flor!»

El extranjero, por toda respuesta, llevó otra vez la rosa á sus labios.

¡Ah! ¡maldita sea esta rosa! malditas las ramas que la sustentaron! ¡malditos también los tilos que cubrieron con su sombra esta fatal escena!

Los hombres de armas dirigieron sus espadas al pecho del desconocido, y no cesaron sus golpes hasta que cayó en tierra muerto.

¡Maldita! ¡maldita sea esta rosa!

Porque el desconocido del cinturón de cuero... era Raoul que volvía de la guerra, solo y fujitivo,

III.

«Adios, Blanca, yo muero por tí»

Hé aquí lo único que murmuró con voz desfallecida.

Pálida y llena de espanto, Blanca se dejó caer sobre los despojos de carne palpitante en que se había convertido su amante. Tomó la rosa teñida en sangre, la volvió á colocar en sus cabellos en medio de sus joyas y de sus flores, y entró en el santo recinto.

Entonces se arrodilló ante la imagen de Maria: después arrancándose su corona: «creí bella, Madre de los ángeles, dijo; jamás flores ni perlas volverán á adornar mi frente. Yo no viviré desde hoy mas que para llorar al que ha muerto!»

Y antes de acabarse el día, su blonda cabellera había caído bajo la tijera del sacerdote, y su frente estaba cubierta con el velo de las vírgenes.

PHILIBERT AUDEBRAND.

CRONICA DE PROVINCIAS.

En Granada se ha representado *El Dominó azul* y la ejecución no ha satisfecho al público, aunque no tenemos aun detalles de ella.

La compañía de Barcelona ha perdido un buen elemento en el conocido actor señor Ortiz, que por motivos particulares ha roto su contrata con el señor Guerra, y ha pasado al teatro de Zaragoza, como primer actor.

El Zaragozano, hablando de la salida de este actor, dice lo siguiente:

Para presentarse al público zaragozano este actor ha elegido una de las mejores composiciones de Zorrilla, cual lo es *El Sancho García*, drama notable por sus interesantes situaciones y por sus magníficos trozos de versos tan valientes como conceptuosos. En él rayó muy alto el elevado talento de Latorre; con él se han señalado también otros actores apreciables, y sin embargo de todo esto, creemos que bien puede tomarse en cuenta el trabajo del nuevo galán, que hizo ahora su salida en este teatro. El señor Ortiz apareció al principio dominado por un excesivo temor, muy propio en quien por primera vez se ofrece á ser juzgado de un público que no conoce, y mayormente cuando se habían hecho llegar á oídos de aquél noticias poco favorables acerca de la acogida que tendría de los espectadores. Lo cierto es que el señor Ortiz, que según parece, lleva pocos años en el ejercicio del difícil arte dramático, caracterizó al gran personaje Sancho con enérgica altivez, con naturalidad, con expresión y con maneras dignas. Sus actitudes, su mirada, la entonación de su voz, todo era conveniente á los diversos afectos de que estaba poseído en el curso del drama, y muy especialmente en el último acto, en donde estuvo en momentos dados muy feliz y atinado. Las terribles palabras que dirige al moro y la octava arrogante con que finaliza el cuadro, son una prueba de que el señor Ortiz declama con calor y con intención. Tal vez algunos tacharán el que se precipite recitando ciertos

versos, pero esta censura, á nuestro ver sería poco justa, porque debe tenerse entendido que don Sancho, impulsado á veces por sentimientos vehementes y encontrados, es fuerza que los espese con esa impaciencia propia del que sufre; en tales situaciones, sobre ser ilógico y extraño el decir acompañado, destruye de seguro el valor de la frase y la idea del poeta; tal es en resumen lo que nos sugiere el primer trabajo que hemos visto al señor Ortiz, con quien prometemos ser mas explicitos, cuando nos ofrezca otras muestras de sus buenas disposiciones en distinto género; por hoy puede estar satisfecho, con el recibimiento que obtuvo del público, con los aplausos que este le dió, y con la señalada distinción de llamarlo á la escena, todo ello hace creer que el empresario obrará cuerda y acertadamente en ajustar á este actor, si como es de esperar en la comedia no desmerece el juicio favorable que acaba de recoger en el drama. Como nuestro objeto era solo el ocuparnos del estreno del galán, tocaremos muy de pasada el desempeño por parte de los demas. La señora Yañez ejerció como siempre su inteligencia y sus facultades con bastante lucimiento en el primer acto, y con no tanto en el segundo en que se apresuró demasiado y apenas dejaba pronunciar los versos al señor Montijano, de modo que parecia adivinar lo que iba á decirle. En el acto final tuvo momentos muy felices, si bien debió en ocasiones no levantar tan fuertemente la voz, desatendiendo la verdad de todos los pormenores; un consejo nos atrevemos á dar á esta apreciable actriz y es que reforme sus vestidos, á punto de no verse precisada á recogerlos con la mano constantemente, lo cual hace muy mal efecto y la embaraza además en todos sus movimientos, con perjuicio á menudo del mejor resultado de los cuadros escénicos: recordamos que con este motivo, sufrió una caída en el Castillo de San Alberto. El señor Montijano que dijo su primera escena bastante bien, debió recitar los hermosos versos del último acto, con mas valentía, con mas fuerza de expresión; sobre que así conviene al orgulloso carácter de Hísem lo demanda la situación extrema en que se halla frente á frente de su enemigo; cuidando, sobre todo de no aparecer armado con el alfanje, porque ni cabe, en su calidad de prisionero, ni menos se concibe, que con tales arreos, soportara friamente los violentos apóstrofes que le regala el conde. La señora Pastor comprendió su papel y pintó su amor con brio y con expresión muy viva. El señor Compte si como es consiguiente aspira á hacer adelantos, debe esforzarse en desechar cierta afectación que se advierte en su decir y en sus maneras: la naturalidad es una de las cualidades mas recomendables y que no debe olvidar el que pisa las tablas. Repetimos que la adquisición de señor Ortiz sería por lo visto ahora un medio de mejorar las condiciones de la compañía y de augurar un éxito mas feliz en la ejecución de las piezas dramáticas.

CRONICA DE LA CAPITAL.

PRINCIPE.—La función de piezas de que dimos cuenta en el número anterior, ha proporcionado á

este coliseo cuatro ó cinco entradas muy buenas. Por cierto que no sabemos por qué la empresa retiró á la tercera noche una de ellas, la titulada *El Rey por fuerza*. Estamos muy distantes de creer que sea buena, ni tenemos nada que ver con su autor, pero habiéndose estrenado dos juntas, y no habiendo sido silbada esta de que hablamos, aquel habia contraído ya un derecho que no ha debido lastimarse. Dirijimos á la empresa estas palabras, porque proponiéndose nuestro periódico defender los intereses de autores y actores, faltariamos á nuestro deber no reclamando en esta ocasion para ante la opinion, sobre todo, cuando el autor de que se trata carece aun de nombre y de importancia; bien es verdad que nosotros nos hemos propuesto, sin ser insolentes ni faltos de veneracion, ser justos con todos sin consideracion á reputaciones ni á simpatías personales.

De la *Virginia* no podemos ocuparnos hasta el próximo número.

LOPE DE VEGA.—El drama *Mujer y Madre* representado en este teatro, é interrumpido hasta que á la empresa le ha parecido conveniente, ha vuelto á ser puesto en escena. Las empresas deben tener presente, que suspender las representaciones de una obra aplaudida, cuando aun naturalmente no está agotada, es inferir al autor un daño, en reputacion y resultados, casi irremediable.

CRUZ.—La empresa de este teatro ha andado acertada en poner en escena *Los perros del Monte de San Bernardo*, drama de espectáculo, para el cual ha hecho todas las decoraciones y vestuario. Lo que le falta es hacerse de alguna obra nueva de estas condiciones; porque la experiencia nos convence cada cada vez mas de que un teatro de melodrama tiene porvenir en Madrid. En el próximo número nos ocuparemos de la ejecucion.

VARIEDADES.—Reconstituida la compañía de este teatro, y habiendo empezado sus representaciones el domingo 4 del corriente con la comedia *El Diablo predicador* y el drama de espectáculo *La Urraca ladrona*, hemos tenido el gusto de ver la animacion que vuelve á tomar este coliseo. La junta directiva, compuesta de algunos escritores y varios actores de la compañía, no perdona medio para que las funciones salgan con todo lucimiento. Sabemos

que preparan muchas novedades y que estan en estudio algunas comedias de autores conocidos. Siga esta sociedad con sus buenos deseos de complacer al público, y no dudamos que consiga el buen resultado que se propone, pues si bien la compañía es endeble, hay en ella actores y actrices inteligentes, entre las cuales estan la señora Ruiz y el señor Aznar. Los demas, colocados en su terreno, serán siempre bien recibidos del público. Las entradas hasta ahora han sido buenas, por lo cual felicitamos á la sociedad.

FUNCIONES DE PASCUAS.—Ya van preparando todos los teatros obras á propósito para estos dias, en que dan por resultado aquellas un verdadero turron.

EL SEÑOR ARRIETA.—La mayor parte de las zarzuelas importantes de que tenemos noticia se destinan para este aplaudido compositor.

LA ZARZUELA Y LA INFANCIA.—La zarzuela es un espectáculo muy divertido para toda clase de personas, cosa que no nos irrita como á otros, porque nosotros le creemos un género útil, y aun en cierto modo literario; pero si este es un hecho, tambien lo es que de cuando en cuando se pronuncian por ella los adolescentes de una manera pasmosa. *La Cisterna encantada* les ha caído en gracia á los chicos, y todo el mundo ha podido ver en sus representaciones un ejército de aquellos, distribuidos donde habian tenido por conveniente, pero en buen orden, alborotando el teatro con los aplausos mas espontáneos, y algunas veces haciendo repetir tal cual pieza. Hasta de cuatro años ha habido niños que han tomado la iniciativa en tan delicado asunto, lo cual siempre es un honor para ellos, y para sus familias.

PILAR.—El señor don Juan E. Hartzenbuchs ha concluido una comedia en tres actos, y en prosa, que lleva aquel título. Esta produccion se pondrá en escena en el teatro del Príncipe.

HISTORIA DEL SIGLO XVII.—Brillante fue la inauguracion que de esta cátedra hizo el lunes último el señor don Antonio Cánovas del Castillo en el Ateneo. La concurrencia, que era numerosa, y en la cual figuraban algunas de nuestras notabilidades políticas, quedó sumamente complacido por no haber visto de ningun modo desmentidas las grandes esperanzas que del señor Cánovas tenían.

Este periódico se publica cuatro veces al mes, en los dias 1, 8, 16 y 24, en un pliego en folio á ocho páginas, con buenos tipos y elegante impresion, habiéndose combinado el que esta sea clara y el que contenga al mismo tiempo mucha lectura.

El precio en Madrid, llevado á casa de los señores suscritores, es el de 4 rs. al mes. Igual precio costará á los suscritores de provincias.

La suscripcion se halla abierta en Madrid, en las librerías de CUESTA, calle Mayor; MONIER, calle de la Victoria, esquina á la carrera de San Gerónimo; de BAILLY-BAILLIERE, calle del Principe, y en la imprenta de MINUESA, calle de la Cabeza, núm. 40.

La suscripcion de provincias se hará enviando al administrador de EL COLISEO, calle de los Milanés, núm. 7, cuarto tercero de la izquierda, carta franca de porte, con seis sellos de franqueo de á seis cuartos, valor de la suscripcion por un mes; es el sistema que hemos adoptado por ser el mas cómodo y sencillo para el suscriptor. No es obligatoria la suscripcion por mas tiempo de un mes, aunque se admite al que quiera hacerlo por dos ó un trimestre.

La correspondencia se dirigirá franca de porte, á la redaccion, calle de los Milanés, núm. 7, cuarto tercero de la izquierda.